6024

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

JUGAR CON TRAMPA

JUGUETE CÓMICO-LIRICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MIGUEL DIAZ BARROSO

música del maestro

DON TOMAS REIG

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1883

6

JUGAR CON TRAMPA.

JUGAR CON TRAMPA

JUGUETE CÓMICO-LIRICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MIGUEL DIAZ BARROSO

música del maestro

DON TOMAS REIG

Estrenado con brillante éxito en el Teatro de NOVEDADES
la noche del 30 de Noviembre de 1882

MADRID: 1883
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CÁNDIDA.....	SRA. ALANDETE.
CLARA.....	SRTA. CHAMAN.
DON BERNARDO.....	SR. MESEJO (D. JOSÉ.)
FERNANDO.....	SR. MESEJO (D. EMILIO.)

Época actual

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON JOSÉ MESEJO

Recibe el testimonio de mi más sincera gratitud por el gran esmero que has puesto para que este símil de juguete haya sido del agrado del público, y admite esta pobre dedicatoria como prueba del afecto que te profesa tu amigo y compañero

El Autor.

609642

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puerta en primer término, y ventana en segundo derecha. Puerta en el fondo y dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CÁNDIDA.—DON BERNARDO.

CAND. Le digo á usted y le repito, que no cela á su hija como debe.

BERN. Por los clavos de Cristo! ¿Me quiere usted dejar en paz?

CAND. Hola! Parece que le saben á usted mal mis reconvenciones. Sin duda creyó usted que yo era una cordera, una malva como mi pobrecita hermana? Pues se engañó; y sobre este particular seré inexorable. Usted prometió á su esposa, en la hora de su muerte, no establecer á su hija ni dar un paso respecto á su educacion, sin mi expreso consentimiento!

BERN. Y á qué viene ese recuerdo? He faltado por ventura á mi promesa?

CAND. Casi, casi.

BERN. Cómo!

CAND. En primer lugar ha traido á casa á su sobrino Fernando, jóven de veintiocho años, guapo y elegante, y por añadidura abogado, y estas cualidades tienen un gran ascendiente para una jóven inexperta y poco acostumbrada al trato del mundo.

BERN. Pero, doña Cándida de mis pecados! Cuando mi sobrino quedó huérfano y traté de traerlo á casa, no le consulté antes, no le advertí del peligro que podia haber... acercándole á su prima? Por qué no se opuso usted entonces? Por qué manifestó, aunque indirectamente... que no se opondria á la union de los dos primos?

CAND. Poco á poco: yo no manifesté tal cosa.

BERN. Es decir que yo miento...

CAND. Exactamente.

BERN. (Aparte.) Esta mujer me achicharra la sangre! (Alto.) Usted dijo...

CAND. Que no tenia inconveniente en que viniese, sí señor; y que si reunia á sus cualidades físicas condiciones de moralidad y buenas costumbres, no me opondria si se amaban á que fuese el esposo de mi sobrina.

BERN. Pues eso y lo que yo acabo de decir es lo mismo.

CAND. Se engaña usted! Su sobrino, lejos de llenar mis aspiraciones, las destruye á cada momento: ni una frase cariñosa, ni una atencion tiene para conmigo: debe ser un calavera, un libertino: su conducta me tiene muy disgustada.

BERN. Pues yo no veo...

CAND. Usted, qué ha de ver!... Endiosado con ese dichoso pleito, que ganará cuando yo sea obispo, no se ocupa de lo que pasa aquí; pero yo, que vigilo, que no descanso un momento, he podido notar que el tal Fernandito es un pillete, y, si no me engaño, si pronto no se despeja esta situacion y se aclaran mis dudas, ni un minuto consentiré que esté en esta casa ese hombre, que en mal hora trajo usted!

BERN. Verdaderamente, doña Cándida, me sorprende sobremanera su lenguaje en contra de mi sobrino: siempre ha sido un modelo de cordura y honradez, é incapaz de faltar al respeto y consideracion que debe á esta casa.

CAND. Podrá ser que esté engañada; no me opongo; mas como mi fortuna—que no es escasa—es para su hija de usted, quiero que se case á mi gusto, y éste, por hoy, no es el de que lo haga con su primo hasta que yo no esté persuadida de que es digno de poseerla y la quiere de veras. Esta es mi resolucion, y si usted lo quiere así lo toma, y si no, lo deja!

BERN. No hay más que decir.

CAND. (Aparte.) Ay, Fernando, Fernando, lo que me cuestas! (Vase.)

ESCENA II.

DON BERNARDO.

Y bien mirado, si este interés fuese verdadero... Pero si no puede ser! Ustedes han visto á esa señora que acaba de salir?... Pues es mi cuñada, mejor dicho, mi suegra. En los años que estuve casado con su hermana, fué otra serpiente del Paraíso, un caiman, la tea de la discordia! Ni un solo dia gocé tranquilo de las delicias conyugales. Obligado á vivir á su lado, por carecer de bienes para estar independiente, y la coincidencia de ser esta casa de las dos hermanas, doña Cándida, con su candidez despótica, ha hecho de nosotros un maniquí, un juguete de sus caprichos. Si ese condenado pleito se fallara en favor mio, qué pronto la perdia de vista!... Cómo ha de ser! Resignémonos hasta que Dios quiera! (Vase foro izquierda.)

ESCENA III.

CLARA, saliendo por la puerta izquierda arriba.

Nadie. Me pareció oir la voz de mi papá. Habrá salido Fernando? Quisiera enterarle de lo que ocurre. Cuidado si es inconcebible el carácter voluble de mi tia!... Querer impedir que nos amemos, cuando ella fué la primera en aprobarlo. Yo renunciar á su cariño?... Jamás. Primero la muerte!

MÚSICA.

ROMANZA.

Dulce ilusion querida
del corazon amante
por tí seré constante
aquí y en la otra vida.
En vano la amenaza
te harán borrar de aquí, (Al corazon.)
que el fuego en que se abrasa
ardió pensando en tí.

Si al fin mi tia
con sus rigores
nuestros amores
quiere romper,
pronto burlara
su vigilancia
nuestra constancia,
nuestro querer.
Fernando mio,
no temas, no,
que á tu cariño
renuncie yo.
Sueños del alma,
grata ilusion,
dadme la calma
del corazon:

dile al que adoro
con frenesí,
que es mi tesoro,
que piense en mí.

ESCENA IV.

CLARA.—FERNANDO, por el foro.

FERN. Bien, primita. Tu canto es como el de la sirena, que atrae y fascina.

CLARA. Con que me escuchabas?

FERN. Y cómo no, si eres tú el único objeto que me hace risueña la vida?

CLARA. Déjate de lisonjas, y vamos á lo que importa. Mi tia, que siempre aprobó nuestro amor, hoy, sin saber la causa que tenga para ello, me ha prohibido venir á estas habitaciones, donde puedo encontrarte y hablar contigo. Sabes tú la causa que motiva este cambio inesperado?

FERN. Capricho de su carácter voluble, ó bien una rareza de sus años.

CLARA. Guárdate de proferir una palabra delante de ella, referente á su edad. Jesús! sería lo bastante para que fuese tu enemiga mortal.

FERN. Qué me importa su enemistad, contando con tu cariño y la proteccion de mi tio?

CLARA. De mi padre? Lo dudo. Tú no sabes el dominio que ejerce sobre él doña Cándida.

FERN. Corriente: me entenderé con ella.

CLARA. Dios nos libre de provocar su enojo! Su consentimiento es indispensable para verificar nuestro enlace. Ya sabes que mi padre no cuenta hoy con recursos suficientes para atender á esta necesidad.

FERN. Pero mi amor encontrará medios de salir triunfante de todo, mucho más teniendo una sospecha que si se aclara, no dudo del triunfo.

CLARA. Y qué sospecha es esa?

FERN. Luego lo sabrás.

CLARA. Y esperas alcanzar por ese medio...

FERN. Todo.

BERN. (Dentro.) Muchacha!

CLARA. Mi padre!

FERN. Déjame solo con él. Vete á tu cuarto y espera con calma los sucesos. Sobre todo, procura que tu tia te encuentre sumisa á su voluntad, aunque no sea más que en la apariencia: es conveniente á mi plan.

CLARA. Pero no me dirás...

FERN. Despues. Retírate ahora.

CLARA. Entonces, hasta luego.

FERN. Hasta luego, primita. (Vase Clara puerta izquierda.)

ESCENA V.

FERNANDO.—DON BERNARDO, por el foro.

BERN. Hola, Fernandito! Me alegro encontrarte; tenia que hablar contigo.

FERN. Yo tambien me felicito, porque deseaba lo propio.

BERN. Corriente. Sentémonos; (Lo hacen.) puedes hablar.

FERN. No; usted primero.

BERN. Me es igual. Tú sabes lo que es hidrofobia? Pues eso padece mi bendita cuñada.

FERN. Bah, bah! Yo creí que iba usted á hablarme de otra cosa! Se trata de doña Cándida?...

BERN. Justo. Ya sabrás que se opone á tu matrimonio con Clara.

FERN. Y qué importa? Confío en que usted nos sacará del apuro.

BERN.. Infeliz! Ignoras que estoy en una situacion que me es imposible hacer nada por vosotros?

FERN. Usted puede hacer mucho si quiere ayudar mis designios.

BERN. Si es cosa que está en mi mano, cuenta con ello: no deseo más que vuestra felicidad.

FERN. Pues siendo así, escuche usted.

BERN. Habla, que me tienes impaciente.

FERN. Tio, usted se ha tomado alguna vez el trabajo de estudiar el carácter de doña Cándida?

BERN. Ay sobrino, ya lo creo!

FERN. Y qué opina usted de él?

BERN. Que es horrible, detestable, insufrible.

FERN. Y no ha adivinado la causa?

BERN. He sentido sus efectos, pero nunca me metí á averiguar las causas.

FERN. Conque su penetracion no ha llegado á comprender que el estado célibe á que está reducida, es lo que la exaspera y contraría?

BERN. Qué rayo de luz!... Tú me iluminas!... Por eso cuando yo hacia algun halago á mi pobre Celedonia—que santa gloria haya—se encolerizaba de tal manera y me ponia de nécio y tonto que no habia por dónde cojerme.

FERN. (Aparte.) Bravo! No me engañé! Mis sospechas eran ciertas. (Alto.) Pues bien, querido tio, de usted depende nuestra dicha. Es menester que nos ayude.

BERN. De qué manera?

FERN. Haciendo el amor á doña Cándida.

BERN. Zambomba! (Se levantan.) Chiquito, chiquito! Te has vuelto loco!

FERN. Por Dios, tio!

BERN. Hacer yo el amor á una fiera así!

FERN. Se trata solamente de que finja.

BERN. Ni aun de ese modo consiento. Me figuraria que era verdad; quita, quita!

FERN. Con que se niega á salvarnos? Prefiere que su hija se muera de dolor y yo de desesperacion?

BERN. Pero condenado! Tú crees que se enamora tan fácilmente á una arpía semejante?

FERN. Si todo está reducido á entretenerla, á desviarla de esa idea que tiene en contra de nosotros, y arrancarle de ese modo el consentimiento para casarnos, y entonces...

BERN. Entonces se descubre el pastel y me saca los ojos.

FERN. Y que diga eso un hombre de su respetabilidad! Es vergonzoso! Bien: no insisto más: sea

usted débil, ya que así lo quiere; pero le prevengo que su falta de energía, ocasionará la muerte de su hija y la mia tambien. Porque yo me pego un tiro!

BERN. (Aparte.) Demonio de muchacho! Pues no me quiere meter en mal laberinto! Que haga yo el amor á... (Alto.) Vamos, vamos que no puede ser!

FERN. Adios, tio, adios! Ruegue usted por mí!

BERN. A dónde vas, criatura?

FERN. A la muerte!

BERN. Qué atrocidad!—Espera, hombre, espera, tal vez hallemos otro medio más aceptable que matarse!

FERN. No hay más que el que he propuesto!

BERN. Válgame Dios, uno y trino! Yo metido en un lio semejante, y á mi edad!...

FERN. Vamos, tio, sea usted complaciente y sálvenos la vida!

BERN. Pero, y si te equivocas? Si fiado en las apariencias me arriesgo á declararme á doña Cándida, y agravamos el asunto?

FERN. Imposible! Estoy seguro de lo que he dicho; y si no, á la prueba me remito. Justámente, aquí se acerca.

BERN. Dios nos la depare buena!

FERN. Le dejo solo con ella! A la carga, tio, á la carga! Yo estaré á la puerta de mi habitacion para animarle! No hay que desmayar. (Se esconde en la puerta derecha.)

ESCENA VI.

DON BERNANDO.—DOÑA CÁNDIDA.—FERNANDO, (Escondido.)

MÚSICA.

BERN. Señora doña Cándida,
me haria la merced
de oirme unos instantes?

CÁND. Qué se le ofrece á usted?

BERN. En calma aquí solitos
usted me va á escuchar:
sentémonos juntitos.
CÁND. (Aparte.) Qué me querrá contar.
FERN. (Escondido.) En buen lance he metido
al pobre don Bernardc;
si cumple lo ofrecido
buen resultado aguardo.

BERN. Es grave el asunto.
CÁND. Me dá en qué pensar;
pues dígalo al punto.
BERN. Ya voy á empezar!
Cuando Adan y su mujer
Dios formó en el Paraíso,
descubrieron con placer
que el amor era preciso.
Y con presteza suma,
amor les dominó,
y sin reserva alguna...
ya sabe qué pasó.
CAND. Qué quiere usted decir?
BERN. Se lo voy á explicar:
Un hombre á usted adora
con pasion sin igual.
CAND. Un hombre!... Será cierto?
BERN. Le digo la verdad,
y si le desprecia,
su muerte causará.
CAND. Ay, don Bernardo,
qué dice usted!
Tal desvarío
no imaginé.
Es un delirio
pensar en mí,
y están mis nérvios
saltando así. (Movimiento cómico.)
BERN. (Aparte.)
Hizo su efecto,
no hay que dudar,
como una malva

la tengo ya.
Es mi sobrino
un adivino;
valiente chasco
la voy á dar!

FERN. (Aparte.)
No me engañaba,
era verdad,
el celibato
la sienta mal.
Siga usted, tio,
que ya verá
si conseguimos
gloria alcanzar.

CAND. Já! já! já! já!...
já! já! já! já!...
de gozo muero;
no puedo más.

BERN. Já! já! já! já!...
já! já! já! já!...
valiente chasco
la voy á dar.

FERN. (Aparte.)
Já! já! já! já!...
já! já! já! já!...
la pesadumbre
la va á matar.

HABLADO.

CAND. Conque dice usted que hay un hombre?...

BERN. Apasionado de tu hermosura. (Aparte.) Así reventaras!

CAND. Y quién es?

BERN. (Aparte.) El demonio que te lleve! (Alto.) No es difícil adivinarlo. No le dice nada su corazon?

CAND. Como usted no se explique más claro, yo no acierto... (Aparte.) Es mi Fernando, no cabe duda!

BERN. (Aparte.) Pero, qué inocente es la pobrecita!

CAND. Dónde vive? Cómo se llama?

BERN. (Aparte.) Me cuesta un trabajo...

CAND. No me responde usted?

BERN. Sí, al momento. (Aparte.) Pero qué trabajo me cuesta!... (Alto.) Con que... Dónde vive? Muy cerca de aquí.

CAND. Tal vez en esta casa?

BERN. Justo! Qué penetracion!...

CAND. No diga usted más. Ya sé quien es.

BERN. (Aparte.) Mejor. Así me has ahorrado la mitad del trabajo.

CAND. Hace tiempo, mucho tiempo, que mi corazon, subyugado por su cariño, padece terribles pruebas.

BERN. (Aparte.) Lo que me dijo Fernando: no cabe duda.

CAND. (Aparte.) Tarde lo ha hecho, pero al fin logro triunfar de mi sobrina. (Alto.) Bernardo?

BERN. Cuñada?

CAND. Dame otro nombre más dulce!

BERN. Como tú quieras. (Aparte.) Qué melosa se ha vuelto!

CAND. Es puro ese amor?

BERN. Como una tagarnina del estanco.

CAND. No necesito más. Estoy pronta, y cuanto antes se celebre esta union, mejor. Toma esta llave: es la de mi pupitre: en él encontrarás los documentos para dar los primeros pasos. Anda, no tardes: yo estoy tan emocionada en estos momentos que no haria nada de provecho; hazme el favor de encargarte de todo.

BERN. (Aparte.) Caracoles! Y qué de prisa lo ha tomado!

CAND. Por qué te detienes? Te hace falta dinero? Allí lo hallarás tambien.

BERN. (Aparte.) Señor! Si al fin me vengaré de tanto como me ha hecho sufrir en este mundo!

CAND. En qué piensas?

BERN. En nada. Voy al momento.

CAND. Ah, dime: te parece que me sentaria bien una flor?

BERN. Ya lo creo! (Aparte.) Y un tiro despues.

CAND. Ahora voy á ponérmela.

BERN. Sí, escucha! Qué sea blanca, entiendes? Blanca. Símbolo de la pureza...

CAND. De la pureza de mi amor!...

BERN. (Aparte.) Y no hay quien la ate!... (Se vá don Bernardo.)

ESCENA VII.

DOÑA CÁNDIDA.—A poco, FERNANDO.

CAND. Luego no amaba á mi sobrina? Ya tenia yo mis dudas y esperaba... Por fin se ha declarado, aunque por segunda persona; mas no importa. Es muy tímido, y por eso... Yo le animaré, venceré sus escrúpulos, y su cariño será mio eternamente! Cielos, él! (Aparece Fernando puerta derecha.) (Aparte.) Fingiré que no le he visto! Qué emocion experimento!

FERN. (Sin bajar, y aparte.) Está más blanda que la manteca! Mi tio se ha portado. Veamos lo que dice. (Se acerca á Cándida.)

CAND. Ay!... Quién? (Finge que se asusta.).

FERN. Soy yo, señora.

CAND. Ah! que eres tú. Me habias asustado!

FERN. Sí? Lo siento. (Aparte.) Angelito! Ha visto usted á mi tio?

CÁND. Ahora acaba de marcharse de aquí. Todo me lo ha revelado, bribonzuelo!

FERN. Explíquese usted...

CÁND. Me habló de aquello.

FERN. De aquello?

CÁND. Sí, hombre: no me entiendes? De aquello.

FERN. Ah! Sí!... Usted se refiere sin duda al amor que...

CÁND. Justo.

FERN. Luego quiere usted á mi tio?

CÁND. Estás delirando? Yo querer á un vegestorio semejante?

FERN. (Aparte.) Pues ella, qué es? Entonces, no entiendo...

CÁND. Jesús, pareces bobo! Quien te oyese creeria que ignoras...

FERN. Y creeria la verdad...

CÁND. (Aparte.) Qué chico! Es la timidez en persona! (Alto.) Pues bien, me habló del cariño que profesas á... y por mi parte... (Aparte.) Qué rubor!

FERN. Qué escucho! Será posible! Usted consiente... (Aparte.) Es una alhaja mi tio. Ha logrado más de lo que yo esperaba! (Alto.) Conque de veras consiente usted?

CÁND. Todo. Hace tiempo, muchísimo tiempo que no deseaba otra cosa.

FERN. Conque no se opone usted, como yo creia?

CÁND. Oponerme á ser tu esposa? Nunca! Si yo te amaba hace tiempo en secreto.

FERN. (Aparte.) Misericordia!! Qué dice esta mujer?

CÁND. No te alegras?

FERN. Yo!... Sí, señora, sí. (Aparte.) El diluvio universal!

CÁND. Tutéame, querubin. (Aparte.) Si no le animo...

FERN. (Aparte.) Todo se ha perdido! Y quién la desengaña ahora?

CÁND. No quieres complacerme?

FERN. Por qué no? (Aparte.) Maldita sea tu estampa!

CÁND. Escucha. Te voy á dar una sorpresa que espero que te gustará. Sabes dónde ha ido tu tio?

FERN. Por la uncion?

CÁND. Qué disparate! Jesús, qué cosas dices!

FERN. Entonces á Leganés.

CÁND. Hombre!

FERN. A que preparen cuarto.

CÁND. Está loco, por ventura!

FERN. (Aparte.) Pero lo estás tú. (Alto.) No sé lo que me digo.

CÁND. Lo creo. La alegría... la emocion, te tienen trastornado como á mí... si es tanta la que yo siento, que hasta me parece que me voy á desmayar...

FERN. No, por Dios! Déjalo para más tarde!

CÁND. Sí, tienes razon: no debo en estos momentos de ventura...

FERN. Justo. Conque mi tio marchó...

CÁND. Por los documentos necesarios para poder casarnos. No te agrada la noticia?

FERN. Ya lo creo... (Aparte.) Como si me arrancaran una muela!

CAND. Y dime: es tu amor verdadero?

FERN. Y puro como tu rostro... (Aparte) (De pergamino. En qué parará esto?)

CAND. Quiero oir de tus lábios cuatro frases de cariño!...

FERN. (Aparte.) De remate; no hay más, de remate!

CAND. No quieres complacerme?

FERN. Al momento. (Aparte.) Y qué le digo yo?

CAND. Fernandito!...

FERN. (Aparte.) Ganemos tiempo.

CAND. Vamos!...

FERN. (Aparte.) Pues señor, adelante, y salga lo que saliere. (Alto.) Cándida, cándida paloma, (Aparte.) lechuza! (Alto.) Es tal la satisfaccion, el júbilo que experimento en este instante, que no sé... no encuentro palabras con que expresar... lo que mi alma... y mi corazon... (Aparte.) Así reventaras!... (Alto.) Por que la... y los... En fin, que no acierto á explicar lo que siento, porque tú y yo... somos yo y tú... y despues... (Aparte.) Que te entierren.

CAND. Basta: te comprendo, No sigas, no sigas, por favor!...

FERN. Me alegro que me hayas comprendido.

CAND. Oh, Fernando, Fernando!... Tuya para siempre!

FERN. Tuyo... (Aparte.) Para ahogarte!

CAND. Tu amor ó la muerte! (Se arroja en sus brazos.)

LOS DOS. Ah!...

ESCENA VIII.

DOÑA CÁNDIDA.—FERNANDO.—DON BERNARDO.—CLARA, que al momento desaparece.

CLARA. (Aparte.) Qué veo! Ah traidor! (Desaparece por la puerta izquierda.)

BERN. Bravo! Muy bien! Que siga!

FERN. (Aparte.) Mi tio! Gracias á Dios!

BERN. Puedo saber qué significa esto, señora?

CAND. Y á usted qué le importa?

BERN. Con que no?

CAND. Caba! Nos abrazábamos en uso de nuestro derecho. Y qué?

BERN. Qué cinismo! (Aparte á Fernando.) Y has tenido valor!...

FERN. (Aparte á don Bernardo.) Por fuerza, tio! Finja usted que se incomoda mucho.

BERN. Y tiene usted descaro para decírmelo en mis barbas?

CAND. Y por qué lo he de ocultar? Qué encuentra usted de malo en eso, sabiendo que es mi futuro?

BERN. Que yo sé!... Señora, este es el colmo de la maldad!

FERN. (Aparte á don Bernardo.) Así me gusta, firme!

BERN. Con cuántos quiere usted casarse?

CAND. Cómo!

BERN. Usted me ha ofrecido, hace mucho, ser mi esposa y no toleraré...

CAND. Que yo le he ofrecido!... Vamos, vamos, usted delira.

BERN. Cómo es eso? Se vuelve usted atrás, despues de hacerme dar los primeros pasos y avisar al notario?...

FERN. (Trágicamente.) Oh infamia, oh deslealtad sin ejemplo! Me engañaba!

CÁND. No lo creas, Fernandito, no lo creas!... Está mintiendo!. .

BERN. Que yo miento? Y las protestas de amor, que hace poco me dijiste en este mismo sitio?

CÁND. Cómo? Hablabas, por...

BERN. Por mí! Sirena engañadora, por mí, segunda Traviata!

FERN. (Aparte.) Voy á reventar de risa! (Alto.) Con que es decir, que tanto usted (Dirigiéndose á su tio.) como yo, éramos víctimas de los halagos de esta Lucrecia! De este sultan con enaguas!

CÁND. Soy inocente, Fernandito! Soy inocente!

BERN. Que me traigan un Herodes.
FERN. (Rechazándola.) Apártate, traidora!
CÁND. No, no: mírame á tus piés! (Se arrodilla.) Ha sido un error, yo no amo á nadie más que á tí!
BERN. Será cierto!...
FERN. (A su tio.) Firme con ella.
BERN. Maldicion! Me voy á pegar un tiro (Aparte.) por no verte (Alto.) Adios, hasta la eternidad!
CÁND. No, no!... detente!... Cuándo se vió doncella alguna en tal apuro!
FERN. Tio: yo soy quien debe morir!
BERN. Quita!... Yo lo seré!... Ella te ama: así lo ha dicho! (Bajo á Fernando.) Componte como puedas! Sobra uno en la tierra, y ese soy yo. Me voy al cielo!
CÁND. Oh! yo te seguiré.
BERN. Dónde, al cielo! Quita allá, en él no entran caras como la tuya! Adios, hija mia!... Muero por una ingrata! (Se dirige á la puerta del fondo.)
CÁND. Yo sabré impedir... Ah! Qué desgracia es nacer hermosa! (Váse don Bernardo y doña Cándida.)

ESCENA IX.

FERNANDO.—CLARA.

MÚSICA.

FERN. Ah, Clara; á tiempo llegas!
CLARA. Apártate, traidor!
FERN. Acaso á oir te niegas,
el triunfo de mi amor?
CLARA. De tu amor, de tu amor.
FERN. De mi amor, de mi amor.

No comprendo á fé
qué te hace inquietar,
si mi afecto a tí,
nunca ha de entiviar.

CLARA. El falso, el inícuo
me quiere probar
que aun me tiene amor
y me osó engañar.

FERN. A qué viene esos enojos,
ese gesto singular,
torna á mí tus bellos ojos,
tórnalos sin vacilar.

CLARA. Primo mio, ya ha pasado
aquel tiempo en que solia
reflejarse en mi semblante
y en mis ojos la alegría.

FERN. Eso no puede ser!...

CLARA. Te digo la verdad!
Vaya usted, y que mi tia
le consuele en su pesar.

FERN. Clara del alma!...
viven los cielos,
turban tu calma
injustos celos!

CLARA. Usted se engaña,
jamás sentí...
mucho me extraña
hable usté así.

FERN. Entonces, Clara,
escúchame;
lo que ha pasado
te contaré.
Há un momento que tu tia
con tu padre aquí se halló,
y á juzgar por su alegría
él su amor la descubrió.

CLARA. No digo que no, no digo que no;
si no es farsa lo que inventas,
convencida quedo yo.

FERN. Era un plan que reservado
con mi tio concerté;
pero la tia ha pensado
que por mí le hablaba él.

CLARA. No digo que no... (etc.)

FERN. Y sin escuchar el nombre
de su amante trovador,
al entrar yo en esta sala
ella á mí se declaró.

Dime por piedad
qué iba á responder
á esa atrocidad,
á tal proceder.

CLARA. Digo la verdad,
que era tu deber
no usar con mi tia
infame doblez.

HABLADO

CLARA. Conque fingias?

FERN. Claro está. Y me sorprende en extremo que estando tú prevenida de un plan que pensaba llevar á cabo, hayas podido creer...

CLARA. Y querías que sin saber el plan adivinase?... Además, yo no estoy conforme con ese engaño! Al fin es mi tia, y ..

FERN. Nada temas: las ofensas de tu honor, las lavará tu padre: yo te lo aseguro.

CLARA. Mi padre?

FERN. Vas á tener á tu tia por segunda madre.

CLARA. Qué dices?

FERN. La verdad: y nosotros nos casaremos, y seremos dichosos.

CLARA. Ay, Fernando! Me temo que todo sea una ilusion. Si mi tia descubre la burla, nunca te perdonará el agravio... y qué haremos entonces?

FERN. Amarnos como hasta aquí: ser dichosos, á pe-

sar de todas las tias cócoras del universo. Pero no temas: mi astucia sabrá vencer los obstáculos. Dime que me quieres, para ser más fuerte en la lucha y vencer al enemigo.

CLARA. No lo sabes? Sin tí me importa poco la vida.

FERN. Clara del alma! (Se abrazan.)

ESCENA X.

CLARA.—FERNANDO.—DOÑA CÁNDIDA.—DON BERNARDO, foro.

CÁND. (Aparte.) Qué veo!... (Alto.) Infames!

LOS DOS. Ah!!!

BERN. Bien, sobrino!

CLARA. (Aparte.) Nos pilló!

FERN. (Aparte.) Se undió la casa!

MÚSICA.

CÁND.
Traidor! malsin!...
Infame, ruin;
tu vil traicion
ya descubrí!...

FERN.
Qué situacion!...
no sé que hacer:
ello es que al fin
lo ha de saber!

CLARA.
Ay qué temor
siento por él;
ya mi valor
siento perder!
Ay qué placer!
ya me dejó;
que se lo olvide
que existo yo!

HABLADO.

CAND. Vil! Canalla!... Era este tu amor?

FERN. Doña Cándida, yo le explicaré...

CAND. No quiero saber nada!... Mónstruo!

BERN. Escucha!

CAND. Anda enhoramala!

CLARA. Tia!

CAND. Yo no soy tu tia!... Y usted caballerito, á coger todos sus bártulos, y á la calle!...

FERN. (Aparte.) Oh, qué idea! (A Clara y Bernardo.) Dejarme un momento con ella!

BERN. (Idem) Qué intentas?

FERN. (Idem.) Luego lo sabrá.

CLARA. (Idem.) (Por Dios, vé lo que haces!)

FERN. Descuida. Estad alerta para cuando yo llame.

CLARA. Qué resultará! (Vanse Clara y don Bernardo.) Dios mio!

ESCENA XI.

CÁNDIDA.—FERNANDO.

CAND. (Paseando muy agitada.) No: no se reirán de mí! Mi resolucion es irrevocable. (Viendo á Fernando.) Usted aquí todavía?

FERN. Y á sus piés, implorando que me escuches.

CAND. Jamás!

FERN. Y tú dices que me amas? No!... Nunca... El amor encuentra disculpa en todo.

CAND. Qué quieres decir?...

FERN. Yo!... que me encontraba dispuesto al sacrificio!

CÁND. Un sacrificio?

FERN. Sí, ingrata!...

CÁND. Por Dios, Fernandito, tus palabras me hacen temblar.

FERN. (Aparte.) Ya es mia!

CÁND Habla claro, por favor!

FERN. Sábelo, ingrata mujer, sábelo, inícua, sábelo de una vez!... Tú sola eres mi vida, mi encanto! Pero hay aquí una cosa superior á esta pasion que me abrasa, y esta cosa es *mi tio*!

CÁND. Habla claro!

FERN. El te adora! Sin tu amor se quitará la vida. Yo no puedo consentir que él muera!... Todo cuanto

soy se lo debo á él! Fingí amar á su hija, para probarle que ya no te amaba á tí!... Profanacion... Que él sea feliz, aunque yo sucumba!...

CÁND. Será verdad?

FERN. Y tú, cruel, impía, no adivinaste lo que yo sufria! En lugar de imitar mi heroismo, me arrojas de esta casa, me insultas... me desprecias... y dudas de este amor que por tí siento!... En vez de decirme: Amado mio... puesto que tú lo quieres, sea! Mi corazon es tuyo, pero mi mano sea de tu tio.

CÁND. Sí, sí; tienes razon, estoy confusa. He sido una loca al suponer... con que tú... con que él!...—Pues bien: no quiero que me juzgues ménos fuerte que tú lo has sido... Seré su esposa, y que se cumpla mi destino!

FERN. Bravo!—Eres una heroina. Ahora escucha: el sacrificio ha de ser completo: yo hice creer á tu sobrina que la queria, y no es justo destrozar otro corazon inocente.

CÁND. Tienes razon, y consiento...

FERN. (Aparte.) Que dicha! (Alto.) Clara! Tio! (Llamando.)

ESCENA ÚLTIMA.

CÁNDIDA.—FERNANDO.—CLARA.—DON BERNARDO.

BERN. (Aparte.) Qué habrá inventado este demonio.

FERN. Escuche usted, tio. (Le habla bajo.)

BERN. (A Fernando.) No, sobrino, yo no me presto...

FERN. Si se niega usted mata á su hija. Hágalo usted por los dos, que despues...

BERN. Sí, despues que esté casado vaya usted á poner remedio.

FERN. Yo me encargo de ganarle su pleito, y entonces...

BERN. Pongo tierra por medio; emigramos, y la dejamos sola; (Aparte.) Qué alegría!

FERN. Convenido. (Alto.) Deme usted la mano. La suya, doña Cándida. (Junta las dos manos.) Yo os

bendigo! Que el cielo acoja vuestras almas puras.

BERN. Habrá pillo? (Aparte.)

FERN. Con que tio, prima, todo se arregló. Tu papá se casa; nosotros nos casamos: todos se casan.

BERN. (Aparte.) Tunante! se salió con la suya! Y yo soy la víctima, si no ganamos el pleito.

MUSICA.

FERN.
Ya que todos dichosos
nos encontramos,
solo falta que el público
nos dé un aplauso.

BERN.
Dámele á mí,
dámele á mí,
porque la sola víctima
he sido aquí.

TODOS.
Dáselo, pues,
dáselo, pues,
porque la sola víctima
ha sido él.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de ambas Galerías.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á estas casas editoriales, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.